

ENTRE HUMANISMOS Y ANTIHUMANISMOS

(Para una hermenéutica del lenguaje de nuestra cultura y contracultura)

*Una estación que viaja*¹

Pero la luz no es esto solamente,
porque ya nada es algo solamente.
Sino que todo, amigos, todo es esto
y luz, y todo. Y no hay manera de decirlo
sino contradiciéndose
y hundiéndose en el vértigo,
y siendo el remolino
y el vértigo y la luz. No solamente.

1. *Los Humanismos*

En el lenguaje actual, sobre todo entre nosotros, la palabra "Humanismo" nos refresca una memoria torturada —torturada por guerras y torturas—. El lenguaje del humanismo —"humanidad", "personalización", "madurez"— retorna entre nosotros en olor de santidad —de santidad secularizada—, e.d. de amabilidad, cordura y compostura, en una palabra, de "realización" integral (otro término íntegramente perteneciente al código humanitario).

En efecto, nada más digno de estima que la propia estimación: pues respetar (al otro) es respetarse (a sí mismo) y el que se estima en algo tiene que estimar a los demás. La cortesía y suavidad son condiciones de la valfa personal (o "personalidad") las cuales están condicionadas, a su vez, por el "equilibrio" individual. Ser hombre es ser *persona* —la palabra-clave del humanismo— y persona significa madurez, e.d. autodominio. (Hay que tener en cuenta, sin embargo, que sólo el que se domina puede dominar y, lo que puede ser más importante, ser a su debido tiempo dominado).

Pero estamos sacando las cosas de quicio o, mejor dicho, hemos comenzado nuestra meditación sobre el humanismo actual por el tejado. Pues el humanismo personalista con su algarabía por la comunión dialogal es más bien una interpretación "cristianista" escoliasta, e.d. espúrea. Pues, ¿no es cierto que el verdadero humanismo predica la inmanencia de humanidad, la radical humanización del hombre? *Humanismo ateo*: así lo denominó un cierto humanismo religioso y teologal. Un humanismo de posguerra, compasivo del hombre hasta la náusea, enclaustrado en sus soleadas, narcisista en sus coqueterías entre el ser y la nada que se es. Un humanismo a medio arriar entre la dignidad humana y la humana indigencia del hombre.

Así pues podríamos llegar a distinguir más bien tres humanismos casi vigentes —cuasivigentes—: el *humanismo humanitario* o humanismo de derechas, con su

¹ Hugo Lindo, en *Navegante río* (San Salvador 1963) 17.

meliflua flauta pedagógica en pro del hombre abierto a la comprensión y compasión, porque comprender es perdonar; el *humanismo personalista* o humanismo del centro, con las credenciales de la madurez y la personalización —el hombre cabal—; y, finalmente, el *humanismo de izquierdas* con su modelo trágico del hombre a la intemperie existencial. Tres humanismos y un solo Humanismo. Porque efectivamente estos tres humanismos, a pesar de sus diferenciaciones, están de acuerdo en algo que los unifica: a saber, su obsesivo interés por el hombre, su actitud existencial, su talante antropocéntrico, su deseo incestuoso del hombre. Digno o indigno, bien hecho o mal fachado, el hombre es aquí sujeto —nunca objeto— de interpretación: pero un hombre concreto, vivo y consciente, e.d. sujeto-de sus actos decisorios en cuanto sujeto-a su peculiar historia personal. El humanismo es así un subjetivismo por doble partida: el hombre no es solamente sujeto-de la teoría y praxis humanista sino que además el hombre en cuestión y discusión es un hombre, él mismo sujeto moral: pues es la “conciencia” (consciencia) del hombre lo que en cada caso se presenta al hombre para plantear el problema de su auténtica realización. La presencia de la cuarta dimensión humanista —el humanismo neomarxiano— ejemplifica bien esta postura radicalmente subjetivista por lograr la terca y absoluta autoposición del hombre: la afirmación de su autoridad sobre la naturaleza y el mundo que convivimos.

2. Los antihumanismos

Es grotesco observar cómo la jerga humanista florece en la publicidad, e.d. en el *sensus communis* oficial de nuestro tiempo, en un momento en el que la actitud cultural —el nuevo talante hermenéutico— ha doblado la esquina del humanismo para comenzar a hablar... de antihumanismo. Artes y letras, ciencias y filosofías nos dan buena prueba de ello. Tras la deshumanización del arte y su correspondiente “tecnificación”, el desprotagonismo en la literatura refrenda una misma línea antihumanista; y tras el descentramiento del hombre-sujeto por las filosofías antisubjetivistas (Heidegger), las ciencias humanas reniegan del propio hombre para poder comprender estructuralmente el significado objetivado de sus realizaciones típicas. Con ello parece consumarse la suplantación del tiempo íntimo y la historia solipsista por un espacio a rellenar y un mundo humanizado, el alma y su consciencia por el cuerpo y su inconsciencia, en fin, las ideas y los hombres por los signos y sus nombres (lenguajes). No parece interesar el *qué* (contenido) de una obra humana sino el *cómo* (código) de su realización, y si el hombre es una pasión inútil o bien útil, da lo mismo; pues lo que está en juego no es *lo que* está en juego —el hombre—, sino los diversos modos y modalidades de estarlo —lo humano tematizado—: su realización metahumanista y extrasubjetiva. Dicho en sociología, no es la “persona” sino el “personaje” (la mascarada de lo humano) lo que está en juego². Lo otro —el otro— sería pura consideración pía: mero romanticismo tardío.

En un momento en que nuestro lenguaje ordinario o público comienza a regodearse en el nombre propio del hombre, nuestros lenguajes críticos —el lenguaje de artes y letras— rechazan al hombre; pero no al hombre como tal —¿cómo podría hacerlo sin negarse?— sino al hombre humano, demasiado humano del humanismo metafísico. Aquí incide la desconjunción en que se encuentra nuestra cultura en su lenguaje comunitario. Habiendo rechazado en los años de posguerra al humanismo militante —activista— por su presunto carácter disolvente, este mismo humanismo

² Ver al respecto E. Trías, *Filosofía y carnaval*, Cuadernos Anagrama (Barcelona 1970).

—ahora dulcificado, aclimatado y "madurado"— hace las delicias de nuestra pedagogía pública. Es sobre todo contra la figura recompuesta de este hombre-persona del humanismo soteriológico —e.d. salvador— contra el que lucha el antihumanismo actual. Más en concreto, contra su así llamada dignidad, contra sus indestructibles derechos y deberes una y otra vez destruidos por los constructores, contra su tontera y narcisismo. Ciertos epígonos del existencialismo personalista —sea neomarxista o neocristianista— con sus métodos escatológicos de salvación personalizada, no hacen sino provocar más aún el desprecio e ironía del nuevo *criticismo* contemporáneo —desde el hippismo irracionalista al neoracionalismo crítico— al que movimientos y arengas en pro de la clásica realización personal dejan fríos³. Apatía por el hombre-hombre, sus esencias y misiones trascendentes, aburrimiento en torno a los clásicos temas humanistas del "ser o no ser", de la conciencia y del absoluto compromiso. Parece como si del hombre sólo quedara su nombre, su lenguaje, sus "signos en rotación" (O. Paz), que cada cual interpreta naturalísticamente a su imagen y semejanza. No se trata de una vuelta de Algo ni de un retorno a Nada, sino de un quedarse donde se está: una toma de posición de la realidad en torno no para aceptarla sin más, sino para asumirla libremente y recrearla en sus posibilidades. No la liberación trasmundana, e.d. escatológica, del hombre, sino la *libertación* crítica, e.d., creadora de la realidad humana —mundo del hombre— parece ser lo que se preconiza. El *talante positivo* del aprovecharse inmanente de la circunstancia —sea por mediación de eros (contracultura) o de logos (neocultura)—, frente al malestar provocado por la irrealizabilidad de nuestra realización humanista personal.

Asesinato de un hombre preconcebido —el hombre humanista— por un hombre aún sin concebir y, por tanto, paradójicamente utópico —el hombre poshumanista—.

3. Entre humanismos y antihumanismos

¿Qué decir de esta desconjuntada situación cultural entre humanismos y antihumanismos? Dos cosas, una sobre el antihumanismo; la otra, sobre el humanismo.

No cabe duda de que los diversos movimientos antihumanistas que caracterizan en su pluralidad la nueva situación cultural, han logrado algo muy estimable: la crítica de nuestras decadentes humanidades, la aparente expropiación de nuestra "infección sentimental" y la purga de nuestro embotellamiento humanitario. Es la cura de una epidemia ideológica ideada e institucionalizada por una moral no *de* esclavos, como pensaba Nietzsche, sino *para* hacer esclavos: una moral de la pusilanimidad bajo la capa de una magnanimidad hueca. Con ello se logra además la ruptura del viciado *círculo antropológico*: salir de nosotros mismos y nuestra propia cochambre. ¿No es quizá la superación del antropomorfismo y antropologismo la mejor manera de poner al hombre, desalojado de sí mismo, en su lugar: la naturaleza y el mundo, su cuerpo y su realidad? Al menos es una forma más efectiva de ayudar al hombre: no compadecerlo míseramente ni halagarlo impudicamente, sino decirle sus posibilidades e imposibilidades para que las asuma y recree a su imagen y semejanza.

El antihumanismo nos haría así un servicio: *libertar al hombre del propio hombre, libertar al hombre de sí mismo*. No es una humanidad metafísica —fardo de nudos

³ Parece mentira que no se haya visto el rasgo común *antihumanista* que coagula al irracionalismo contraculturalista y al racionalismo neocultural: su *naturalismo*. El *nacimiento de una contracultura* (de Th. Roszak) por una parte y, por la otra, el *estructuralismo nietzscheano francés* y el *antihistoricismo popperiano* son ejemplos probativos de lo que decimos.

gordianos a desatar prometeicamente— lo que une ahora al hombre con el hombre, sino sus signos immanentes: *logos y eros* —realidades que nos fundan y condicionan críticamente—. Pero de este modo reingresa automáticamente el actual antihumanismo, lo quiera o no, en un neohumanismo: la deshumanización del hombre demasiado humano lleva consigo la rehumanización de su instrumentarium. Dicho de otro modo, el desbancamiento del hombre como sujeto, e.d. como idea (cultural), lleva consigo la intronización del hombre como objeto, e.d. como *realidad en la realidad universal*. Se trata de la rehumanización de todo lo humano —pero no abstractamente en cuanto *tal*, sino en cuanto *condición* de humanidad—, por parte del antihumanismo actual. Es la crisis de un humanismo definido como definitivo: un humanismo escolástico.

La crítica del sentido común que emprende de este modo el antihumanismo es, pues, en último término, una crítica del sentido común *y* para el sentido común. Se trata de una crítica del absolutismo de nuestro sentido común —con su inconsciente consciencia de poseedor personal de la verdad— en pro de su relativización, y este rasgo lo alía con los que podemos denominar humanismos fuertes, como el griego o el renacentista. Pero asimismo con el humanismo fuerte cristiano —el humanismo de Jesús de Nazaret o humanismo nazareno—. Para todos estos humanismos fuertes el hombre no es sino un “experimento” para el hombre —y en el caso del humanismo fuerte cristiano un *experimentum crucis*, una experiencia crítica—. En efecto, la presentación humanistoide del cristianismo como religión de amor al prójimo, olvida obviamente algo netamente nazareno: que se trata de un amor recalitrante verificado en el “potlach” simbólico-real de la com-partición del pan y que hay que amar al prójimo *como a sí mismo*, lo cual dice amarse *los unos a los otros* —e.d. en la otredad objetivada, e.d. interhumana, exonerada de un intimismo que si acaso ha de surgir con naturalidad, o sea, a partir de una “relación natural”, y no de una supraestructura artificiosamente impuesta—. En el fondo del montaje del flácido humanismo “cristianista”, que no cristiano, yace —para decirlo en su terminología— un pecado o, si se prefiere, una falsa conciencia: el creerse en posesión personal-intransferible de la verdad, el creerse personalmente sujetos y no objetos de salvación. Con ello se ha tomado al pie de la letra —ingenuamente, absolutamente, según la exacerbada consciencia personal de nuestro sentido común— la auténtica simbología e imagería del Evangelio según la cual, y para decirlo de una vez por todas, Jesús de Nazaret ha sufrido la total alienación humana para que, en lo posible, no la suframos nosotros también en nuestra carne y sangre. Esta es la traducción a nuestro lenguaje actual del sentido de la redención y salvación del hombre: Jesús de Nazaret lo pasa mal para que nosotros —si acaso— lo pasemos bien; eso sí: todos y no unos cuantos. Lo demás puede muy bien ser una mezcla malsana de maniqueísmo y masoquismo.

4. *Cuerpo, alma y coyuntura*

Humanismo de posguerra y ¿antihumanismo de preguerra? Los agoreros se apresuran a repintar de rojo el mostacho de Nietzsche. No debiera olvidarse sin embargo que ha sido precisamente la exaltación del hombre y no su crisis lo que ha conducido

⁴ Cf. Evangelio: *Mt.* 22, 39 y *Jn.* 15, 12. Es increíble asimismo cómo pudo surgir una codificación tan rígida en la “metamoral” escolástica (como la llama Amor Ruibal) de las relaciones erótico-sexuales a base de un Evangelio ((=“eu-angelion”) en el que se lleva a cabo una *relativización* omnimoda de la problemática sexual (cf. e.g. *Jn.* 8, 1-11; *1 Cor.* 7, 27; *Mt.* 22, 30).

una y otra vez al hombre al paredón. Quizá tuviera su razón Max Weber al expulsar de la ciencia —inhumana— los valores y valoraciones humanas: no para expurgarlos definitivamente de nuestra perspectiva, sino para cobijarlos en el horizonte móvil de nuestras decisiones vitales. Sólo que estas decisiones valorativas hay que tomarlas entre todos, en consensus hermenéutico, en un interlenguaje crítico que trae a *verificación experiencial* —y ello dice: intersubjetiva— todo valor y su valoración. Pues el valor no es algo *absoluto* (en sí) ni algo *relativo* (a nuestra valoración): valor y valoración son *correlativos* y para poder elegir hay que llevar a cabo su interpretación en una estructura diacrítica objetivada.

Pero no se trata de elegir entre humanismo y antihumanismo, sino de realizar su relativización hermenéutica para proceder a su conjugación crítica⁵. Nuestro lenguaje, *medium* sensible de nuestra circunstancia espiritual, comienza a reflejar el cansancio ante tanto discurso pro liberación del hombre o para el hombre precisamente en el momento en que humanismos y antihumanismos vocean en nuestras calles, más empeñados que nunca, la salvación. Quizá podamos aprender de las ambiguas disputas entre humanismos y antihumanismos que, más acá y más allá de toda liberación salvadora del hombre o de lo humano, queda *el intermezzo de la realidad* donde uno y otro anclan. Ante la realidad que somos y nos es, no cabe una liberación redentora sino la libertación de sus posibilidades e imposibilidades y la *positivación* —potenciación— de sus virtualidades inéditas. Más, es de dioses; menos, de estúpidos. Pues el hombre es el animal que no *se* realiza nunca cabalmente (*Mängelwesen*, A. Gehlen): hombre es más bien *aquél que realiza la realidad*. El hombre no es nunca meramente hombre —“porque ya nada es algo solamente”—. El hombre, animal deficitario, precisa más que nada en este mundo de la realidad para su realización.

Cuerpo, alma y coyuntura. El hombre no es ni cuerpo ni alma, sino la coyuntura de cuerpo y alma, de naturaleza y cultura, de eros y logos. Quizá nos hallamos en la coyuntura adecuada para la autoafirmación de este hombre-coyuntura capaz de conjugarse *autocríticamente* su propio y disperso lenguaje en torno a su propia y previa realidad. La esencia humana (logos) dice efectivamente *apalabramiento* con la realidad y *apalabramiento* dice “parlamento”: coyuntura de verificación dialéctica intersubjetiva o, lo que es igual, estructura hermenéutica interaccional del hombre.

Eros, logos y diálogos. O la libertad, el orden y el concierto.

ANDRÉS ORTIZ - OSÉS

⁵ Una postura típicamente ambigua frente a humanismos y antihumanismos es la representada por el *eclecticismo hermenéutico* tanto del neomarxiano Habermas como del neobeideggeriano Gadamer. Pero, sobre todo, por la actual *lógica de la comunicación lingüística* (W. Kamlah - P. Lorenzen) en pro de un “diálogo regulado”.